

Los Métodos de la Arqueología Peruana.

Trabajo leído por el arqueólogo norteamericano Dr. Alfred L. Kroeber, en el salón de Actos de la Facultad el 24 de Abril del presente año.

El privilegio de dirigirme a este auditorio constituye para mí un honor y un placer. Es un honor hablar en el Salón de Grados de la Facultad de Letras de la universidad decana en el Nuevo Mundo —más antigua en ochenta años que la primera fundada en mi propia patria,— y es un placer expresar lo que fué notable para mí desde los primeros días de mi llegada: el enorme progreso alcanzado en el estudio de la prehistoria y arqueología del Perú desde mi última visita a esta nación. Un círculo activo de arqueólogos peruanos, integrado por los doctores Valcárcel, Tello, y sus colaboradores; el señor Larco Hoyle, quien actúa independientemente; los Sacerdotes Villar Córdova y Bernedo Málaga y muchísimos otros.

Este círculo ha logrado acopiar masas de nuevas informaciones sobre la antigüedad procedentes de todas partes del territorio peruano. Nuevas civilizaciones del pasado han sido descubiertas, y sus monumentos reunidos y descritos: culturas no solamente de la época de la pre-conquista, sino

del período pre-incaico, en casi todos los casos. Las culturas recientemente determinadas de Pucará, Casma, Nepeña, Cupisnique, Cajamarca, el Marañón, han sido agregadas a los registros de aquellas que eran nuevas hasta hace tan sólo quince o veinte años, tales como Chavín y Paracas. Toda esta adición en nuestros conocimientos al intrincado pasado remoto de la raza nativa, ha sido realizada por eruditos peruanos. En este acopio de nuevas aportaciones y descubrimientos existe para el visitante una infinidad de cosas que aprender.

Una de las consecuencias derivadas de este hecho ha sido la atracción no únicamente de turistas, sino de estudiantes é investigadores del extranjero. Puede ser ilustrativo el hacer una comparación de las condiciones de hoy con aquellas que existían cuando yo llegué por primera vez al Perú, en 1925. En ese entonces, hace diecisiete años, no había un solo arqueólogo de Estados Unidos o de Europa en suelo peruano. Max Uhle, el verdadero fundador de la arqueología científica de la región andina, había salido de Lima para viajar por Chile y el Ecuador; es un placer recordar que él se encontraba aquí hasta hace poco, en calidad de invitado de honor. Aun antes que él, el suizo Adolfo Bandelier había regresado a Estados Unidos. Años más tarde, mi conciudadano y colega Philip Ainsworth Means pasó algún tiempo en el Perú, pero también había emprendido viaje de regreso. En aquel entonces los arqueólogos llegábamos del extranjero intermitentemente, uno o dos en el lapso de un decenio; por contraste, el año pasado registró la llegada de cinco o seis de mis compatriotas a vuestras playas hospitalarias, para participar en las investigaciones y excavaciones que se llevaban a cabo. De no haber sido por la Guerra Mundial, este número habría, sin duda, aumentado con la presencia de hombres de ciencia europeos.



Considero que debe ser de algún interés el mencionar cómo es que llegué a enrolarme en este pequeño ejército de peruanistas, que va creciendo en forma sostenida. Nacido en Estados Unidos de Norte América y adiestrado allí como antropólogo, fué casi inevitable que mi primer interés se dirigiera a la raza nativa y a la cultura, en general, del continente norteamericano. Mi aprendizaje fué dedicado a los esquimales; mi primera investigación en el campo, a los indios del valle del Mississippi. El destino me llevó luego permanentemente a California. Llena de restos de tribus primitivas de los más diversos lenguajes, e interesante quizás sobre todo por lo muy primitivo de sus costumbres, había sido desdeñada por los estudiosos de antropología; de modo que durante años asumí como mi primer deber el preservar para la posteridad toda la información etnográfica que todavía era posible obtener de estos indios. Sin embargo, en forma gradual se fué poniendo cada vez más en claro que estas tribus de California y de los Estados Unidos formaban tan sólo un capítulo de un libro, como si dijéramos un fragmento de la historia del desarrollo de la raza aborígen en las Américas. México y el Perú eran las regiones en donde esta raza, en sus muchos siglos de aislamiento precolombino, había persistido en desenvolver una civilización. El norte y el sur del doble continente eran tan sólo periferias, a las cuales habían logrado penetrar, en forma disuelta, influencias quebradas procedentes de los progresos alcanzados en México y el Perú. La fuente principal de la historia indígena americana se proveía de estos centros más elevados. Era únicamente mediante la inclusión de estos orígenes principales en el campo de la investigación activa, que las interpretaciones podrían convertirse en significativas é integrales. Yo dirigí mi atención a las colecciones que Max

Uhle había reunido en el Perú para la Universidad de California, las cuales se encontraban, por fortuna, en ese tiempo bajo mi cuidado; las analicé tan intensivamente como me fué posible. A causa de ello surgió en forma ineludible el deseo de conocer el país y, también, más muestras de sus restos, y de participar en forma activa en la prosecución de su arqueología. Fué así cómo por primera vez vine al Perú; la emoción del contacto experimentado entonces es ahora mayor, cuando hay tanto qué aprender.

Básicamente, está bien establecido que la cultura indígena del Perú, tanto del Norte como del Sur, y de las regiones adyacentes de la Cordillera, es una: es un solo y amplio desarrollo quizás enteramente autóctono; ciertamente que en gran parte es así. También se ha puesto en claro que, mediante orígenes comunes o mediante inter-influencias cuyo curso exacto no ha podido todavía ser determinado, esta cultura andina y aquella de Guatemala y la parte meridional de México poseen relaciones más distantes. La agricultura, la metalurgia, la cerámica, y otras artes industriales; la arquitectura, y las ideas y cultos religiosos son, por lo menos, similares. Como ejemplo, puede ser suficiente citar: el maíz, tan fundamental para la subsistencia en México y Perú; la misma fundición del oro y la plata; las mismas estructuras piramidales; los mismos sacrificios humanos. Se podría añadir también la extraña ausencia del hierro, del arado, de la rueda en todas sus formas, de todos los instrumentos con cuerdas, que eran de la misma manera desconocidos en México y el Perú antiguos, así como también en todas las Américas de la época precolombina.

No obstante, esta gran civilización integral del Perú, con sus puestos lejanos en Chile, Argentina, Bolivia, Ecuador, y quizás Colombia, desarrolló al principio muchas fases provinciales.

Así que pasaron los siglos, éstas algunas veces se amalgamaron; en algunas otras ocasiones se diversificaron aún más, hasta que el cuadro total de los acontecimientos, del desenvolvimiento cultural, se hizo muy complicado. Esta composición intrincada de la historia de los Andes durante tal vez los dos mil años pasados es tarea que se debe desentrañar, primero por el análisis, y luego mediante una re-síntesis. El análisis debe ser exacto y evidencial; la síntesis auténtica y comprobable. El método analítico emplea el microscopio mental, por así decirlo; el sintético, hace uso del telescopio intelectual. Pero ambos deben ser exactos: el análisis en sus observaciones y discernimientos, la síntesis en sus juicios y apreciaciones. También, ambos deben contentarse con ser progresivos, y, por lo tanto, parciales en sus resultados. Por mucho que nosotros comprendamos hoy día, la generación próxima, aquella de nuestros discípulos sabrá más, y, por consiguiente, comprenderá mejor. La solución más sensata que nosotros podemos dar a la mayoría de nuestros problemas es de soluciones de tanteo, no definitivas.

Biblioteca de Letras

En esta tarea de desenmarañar el pasado, para relatarlo en una versión comprensible, la arqueología y la historia, naturalmente, van parejas, mano a mano. Sus propósitos son idénticos: la comprensión de las corrientes principales del desarrollo humano tal como ocurrieron en realidad. La diferencia está únicamente en el material y, por lo tanto, en las técnicas empleadas. La historia toma primordialmente las palabras escritas en la antigüedad; la arqueología recoge sus datos de objetos tangibles que superviven físicamente desde el pasado. La ayuda que cada disciplina puede dar a la otra es tan evidente que no necesita explicación. Los límites de esta ayuda mútua tienen dos aspectos. Por

una parte, la arqueología es de lo más provechosa en la determinación de las *condiciones generales* dentro de un período y un área, y por consiguiente sólo satisface imperfectamente el deseo del historiador en lo que se refiere al conocimiento de los acontecimientos *decisivos, en particular*. Por otro lado, en civilizaciones como la andina, que se desarrolló sin escritura, el registro oral de memoria es demasiado impermanente para permitirle al historiador penetrar tan remotamente en el pasado como lo desea el arqueólogo; de modo que para los períodos más primitivos, éste debe necesariamente perseguir sus investigaciones sólo; así como para los períodos más recientes de documentación escrita, el historiador escasamente necesita la ayuda del arqueólogo.

En el antiguo Egipto, cuya cultura era una que disponía del lenguaje escrito, el hallazgo de inscripciones por los arqueólogos ha provisto a los historiadores con una historia, en el sentido completo de la palabra, que se extiende hasta cinco mil años en el pasado. Nosotros conocemos los nombres de los reyes, sus fechas y años de gobierno, sus capitales, provincias, victorias y reformas. El antiguo Perú, por contraste, siendo una cultura ignorante de la escritura, aunque en muchos otros aspectos no es menos elevada que aquella del Egipto, pudo proveer a los primeros cronistas españoles con tan sólo las memorias oralmente transmitidas, a menudo en conflicto y confundidas, rara vez completamente concordantes, y en ningún caso, probablemente, poseedoras de una autenticidad genuina más allá de 500 años antes de la llegada de Pizarro. Para el período de los Incas, la información histórica y arqueológica se complementa la una con la otra magníficamente. Garcilaso de la Vega y Machu Picchu son documentos de valor igual. Pero de mucho más antes, ¿qué es lo que tienen los cronistas para ofre-

cernos? 'Algunas menciones sobre el Tiahuanaco, vagas y no ubicadas en el tiempo; y referencias acerca del Gran Chimú, en la cual las culturas mochica, anterior, y la chimú, más reciente, se combinan en una asimilación indistinguible, aunque los períodos fueron quizás tan distintos culturalmente como fueron los de Grecia y Roma. De las manifestaciones, con frecuencia espléndidas, de las culturas de Chavín, Cupisnique, Nazca no hay más que un vestigio de mención en las leyendas o tradiciones a disposición de los cronistas españoles y de los Incas. Aun las menos grandes, pero sin embargo, características culturas locales de Chancay y de Ica-Chincha, que florecieron dentro de los tiempos de los Incas, y que fueron en realidad vistas por los acompañantes de Pizarro, no encuentran — hasta donde yo puedo recordar — mención alguna en las Crónicas.

De ese modo, es evidente que antes de, digamos, aproximadamente 1,300 D.C., la historia y la arqueología del Perú son como buques que navegan en la misma dirección pero tan lejos el uno del otro que pueden comunicarse solamente en forma imperfecta, antes del siglo XXI de la era cristiana el buque de la arqueología se separó, y debe seguir su curso solo, de la mejor manera que pueda.

Por consiguiente, el problema de la arqueología es investigar en los tiempos más remotos y tanto como sea posible, el desarrollo histórico del hombre y sus manifestaciones culturales. El método de la arqueología es ese en todas partes, con ciertas adaptaciones de menor importancia como las que pudieran ser impuestas por la información característica que se busca en un área dada. Fundamentalmente, parece haber dos requisitos en todo método arqueológico, y éstos guardan relación entre sí. El primer requisito es determinar cuáles son los fenómenos que tienen lu-

gar en forma asociada, o no asociada, y en qué grado. El segundo requisito es el traducir las relaciones de espacio de la información en relaciones de tiempo, de modo que el cuadro descriptivo pueda ser convertido en una narración ordenada.

El asunto de las asociaciones no es solo fundamental en el método arqueológico, sino tan simple que algunas veces es hecho tácitamente y aun pasado por alto. Esto quiere decir que los objetos o cualidades que ocurren conjuntamente en el campo, deben haber coexistido no solamente en el espacio, sino en el tiempo. Luego, aquí nosotros tenemos un dato irrefutable, objetivo, positivo, de la ciencia. Al contrario, si dos clases de objetos, o características de estilo u otro fenómeno del pasado, ocurren repetidas veces pero jamás en asociación, su misma disociación es también objetiva, un hecho científico, aunque negativo. En ocasiones, la situación es menos regular, dado que los fenómenos A y B pueden ocurrir ya separadamente, ya en asociación; o A puede asociarse con C, y B con C, pero jamás A directamente y sólo con B. En un caso tal, confrontamos una correlación parcial. A y B son manifestaciones destacadamente distintas en su geografía ó historia, pero también contiguas o imbricándose mutuamente, o con C.

Las asociaciones y disociaciones logran obtener toda su genuinidad solamente cuando están determinadas con suficiente perfección. Un sitio dado puede haber estado habitado continuamente a través de dos ó más períodos; digamos, la última época pre-inca y la inca. En ese caso, los objetos de la época pre-inca pueden parecer venir asociados con los del período incaico, mientras sea tratado dicho sitio como unidad indivisible. Pero tan pronto como se haga un discernimiento entre porciones de las ruinas, y casi infalible-

mente tan pronto como una discriminación se haga entre sus tumbas separadas, las asociaciones deberían producirse como auténticas, comprobándose que algunas de las tumbas son del período incaico puro, por sus contenidos, y otras, puramente de la época pre-inca. Todo esto es suficientemente evidente, y cualquier excavador competente observaría la distinción. Sin embargo, no sólo es importante que él observe las asociaciones distintivas, sino que las anote y las publique; de otra manera el resto del mundo quedaría necesariamente en duda acerca de si la distinción asegurada es meramente subjetiva o es comprobable. Si a un extranjero le es permitido el expresarse con franqueza, la única crítica del procedimiento de los arqueólogos peruanos, la cual ocasionalmente puede ser escuchada en Europa y en los Estados Unidos, no es con respecto a sus conclusiones, sino a que la información básica, descriptiva, detallada, de ubicación por ubicación y tumba por tumba, sobre las cuales éstas conclusiones fueron formuladas, a menudo no está publicada y es poco accesible al mundo de la ciencia, por lo tanto. Es cierto que un catálogo o inventario de hechos nunca proporciona una lectura interesante; pero una relación pormenorizada es tan necesaria para que los otros científicos formen sus propios juicios independientemente, así como los libros de contabilidad de un negocio son necesarios tanto para el revisor de cuentas como para los propietarios.

También es, naturalmente, posible errar en el lado opuesto, mediante la presentación de una mera anotación de hechos sin interpretaciones; o el hacer discriminaciones innecesariamente detalladas. Yo me acuso de culpable de este último error en algunos de mis primeros escritos descriptivos sobre la arqueología del Perú, como aquellos sobre las colecciones de Uhle procedentes de Chincha é Ica. El Dr.

Strong y yo, por ejemplo, al principio reconocimos cinco períodos:

- 1) Ica intermedio — I
- 2) Ica intermedio — II
- 3) Ica reciente — I
- 4) Ica reciente — II
- 5) Ica.

Yo todavía creo que éstos cinco aspectos o asociaciones representan distinciones reales, pero estoy dispuesto a admitir que estas distinciones se refieren sólo a fases enteramente transitorias o a diferenciaciones de menor importancia. Desde cualquier punto de vista más amplio, comparativo, el material en cuestión está probablemente comprendido en dos períodos significativos, únicamente: primero, lo que el Dr. Strong y yo llamamos mal, Ica intermedio, que está completamente libre de asociaciones del período Cuzco-inca y, por lo tanto, es pre-inca; y segundo, la clasificación Ica reciente, que contiene asociaciones de la Cuzco-inca en grados variables, y es, por lo tanto, en general, inca en el tiempo.

«Jorge Puccinelli Converso»

No obstante, yo no creo que nuestra super-discriminación haya tenido alguna influencia desafortunada en el progreso de la arqueología peruana, debido a que es muy fácil el consolidar las cinco fases dentro de dos períodos verdaderos; en tanto que, al contrario, es siempre casi imposible el segregar información que ha sido presentada mezclada o confundida. Por ejemplo, todas las colecciones de Uhle que han sido estudiadas por nosotros sobre este citado caso, son *relativamente* recientes, en el sentido que ellas son indudablemente de la época post-Tiahuanaco. Supongamos que el Dr. Strong y yo hubiésemos acordado el agrupar todas és-

tas tumbas dentro de una generalización que hubiésemos llamado meramente "Reciente". En ese caso, la distinción genuinamente válida, aunque tal vez no de importancia suprema, entre los sub-períodos pre-inca é incaico, dentro de la era "Reciente", se habría perdido. Yo mantengo que el primer deber del arqueólogo es presentar sus descubrimientos —con sus asociaciones detalladas— lo más completamente a sus colegas de modo que ellos puedan formarse sus propias interpretaciones, o re-interpretaciones, si lo desean. Con todos los hechos de las asociaciones en un registro público, se propiciaría que gradualmente se llegase a una unificación en el consenso de la interpretación. Sin un registro completo, es probable que las conclusiones permanezcan como meras opiniones, tan numerosas como arqueólogos hay y ninguna realmente substanciable.

Eso en cuanto a las asociaciones. Ahora consideraré la conversión del espacio en tiempo.

La tarea de traducir las relaciones de espacio en relaciones de tiempo —de estructurar las distribuciones dentro de un orden de sucesión histórica— es de lo más difícil cuando las distribuciones son horizontales, y de lo más seguras cuando son verticales. Una distribución vertical ha llegado a ser conocida como una estratificación, mediante el préstamo de un concepto y término geológico. Tanto en geología como en arqueología, las estratificaciones tienen casi un valor final. Ellas tienen de cualquier modo el valor más grande posible como determinantes de órdenes reales de sucesión en comparación con las ilaciones hipotéticas o especulativas. Este reconocimiento del valor probatorio de la estratificación, conduce no obstante a un peligro: el abuso del método. Este peligro consiste en el reconocimiento prematuro o ilusorio de estratificaciones que en realidad no existen; o en su

aceptación como simples cuando en realidad las acumulaciones en el campo pueden ser mucho más intrincadas. Brevemente, las estratificaciones son tan deseables de encontrar, que la ansiedad para hallarlas puede conducir a que sean consideradas aun sin suficiente fundamento. Nosotros podríamos hablar en tales casos de estratificaciones *mentales*, en comparación con las efectuadas en el mismo campo. O podríamos expresar la distinción entre estratificaciones conceptuales —las cuales son posibilidades no comprobadas— y la estratificaciones probatorias, que constituyen la mejor prueba. En los Estados Unidos, nosotros hemos llegado a reconocer que la mayoría de las estratificaciones comunicadas por aficionados son de este tipo apresurado, que satisfacen sólo deseos, y que siempre requieren la comprobación mediante el empleo de la lampa y la observación escrupulosa de arqueólogos adiestrados. El hombre de ciencia puede haber formado la hipótesis de que el orden de sucesión de tres tipos era L, M, N, y por consiguiente quedaría satisfecho si la superposición en el campo muestra el mismo orden. Pero habiendo sido enseñado a observar con sumo cuidado, podrá, si sus observaciones lo requieren, retirar su hipótesis de trabajo en favor de otro orden, tal como N, M, L; ó, como sucede muy a menudo, decidirá que los hechos observados, tomados en su totalidad, son insuficientes, o demasiado contradictorios, para permitir el establecimiento seguro de cualquier sucesión.

Los casos de mayor certeza en estratificaciones válidas son aquellos que resultan de las acumulaciones que nosotros podemos llamar naturales o accidentales. Esto es, que no fueron intencionales. Muy frecuentemente, tales estratificaciones son el producto de arrojar los desperdicios, la basura de una población establecida, acumulándolos genera-

ción tras generación. Y así que la cultura cambió, las capas de acumulación también cambiaron. Tales depósitos de basura o muladares suministran ordinariamente muchas piezas quebradas y fragmentos que resultaron inútiles en su uso. Hermosos y completos ejemplares iguales a los encontrados en las tumbas o en depósitos intencionales, pueden no ser hallados en muladares estratificados. Las excavaciones de estos sitios, por lo consiguiente, requieren una cierta renunciación. Serán el trabajo del hombre de ciencia en oposición al del aficionado. El premio de la abnegación, sin embargo, es que el científico puede salir airoso en la comprobación de la sucesión real de los tipos que han sido reunidos por el compilador o el aficionado.

Fuera de los depósitos de basura, las estratificaciones utilizables son mucho más difíciles de ser encontradas. Un sepulcro reciente puede haberse entrometido en el terreno a la proximidad de uno más antiguo, pero a una profundidad mayor; o una tumba antigua puede haber sido vuelta a usar en un tiempo posterior. Un muro reciente podría haber hundido sus bases a una mayor profundidad que la de otro adyacente de período remoto, o puede haber vuelto a emplear partes de material antiguo. Si los muladares no pudieran ser encontrados, el arqueólogo puede tener que recurrir a las estratificaciones de entierros y estructuras; pero a no ser que la prueba de éstas sea uniforme y dominante, es mejor que sea considerado como meramente provisional.

En una nación como el Perú, existe una dificultad más en el hecho de que los nativos de la época pre-colombina eran adictos al hábito de levantar estructuras macizas y voluminosas, algunas veces completamente de adobe o de piedra labrada, pero en otras ocasiones de adobe o de piedra,

que contenía un relleno de tierra. Este relleno de tierra, a su vez, puede haber sido tomado ocasionalmente de los muladares más antiguos que acontecía encontrarse convenientemente cercanos a las construcciones subsiguientes, causando de esta manera una colocación aparentemente contradictoria.

Un ejemplo paralelo puede ser citado de la arqueología de los Estados Unidos. Este incidente ocurrió aún después de que la sucesión de períodos culturales de los indios prehistóricos Pueblo, de Arizona y Nuevo México, había sido comprobada con bastante exactitud por las labores cooperativas de series completas de arqueólogos y confirmada por las fechas reales determinadas mediante el examen de los anillos de los árboles. Una gran acumulación de basura en la parte nor-occidental de Nuevo México estaba siendo excavada cuidadosamente, y extraída en capas, cuando se hizo aparente que en este lugar los objetos del tipo más reciente o del período III se encontraban en la parte más profunda, debajo de las del tipo II, y aquellos más antiguos, del tipo I, a la superficie del muladar.

En la parte de medio de la acumulación de basura, sin embargo, había una depresión; y ésta depresión finalmente dió la clave de la contradicción. La población de las ruinas era grande, y había continuado habitándolas durante varios siglos. La mayor parte de la basura fué depositada en un sitio que se encontraba en los extramuros de la población. Fué en realidad depositada primero en el período I, luego en el II, y después en el III. Hacia el final del período III, sin embargo, se decidió construir una *kiva* nueva y más grande (se designa *kiva* a los templos subterráneos de esta cultura). Como ubicación para esta nueva *kiva* fué escogido el muladar. En la excavación para ésta estructura subterrá-



nea, los constructores del período reciente III removieron, naturalmente, primero la parte de encima, la cual se había acumulado durante el Período III, y la arrojaron afuera. Cavando más profundamente encontraron la basura del período II, y lanzada también ésta fuera de su yacimiento natural, vino a caer encima de la capa reciente del período III, la cual ya había sido extraída. Finalmente, se encontró la capa del período más remoto, I; dispusieron de ella de la misma manera, y así vino a colocarse sobre la superficie. Cuando, aun más recientemente, la *kiva* ya excavada fué abandonada y se desplomó por acción del tiempo, el muladar en su conjunto había tomado el aspecto de una estratificación al revés, lo cual requirió un examen de lo más minucioso para poder ser explicado.

En un país como el Perú, en donde los antiguos tenían casi una pasión por las edificaciones, las reedificaciones, y el traslado de grandes masas de material, las posibilidades de un incidente parecido a éste deben, naturalmente, preverse con un cuidado especial. Asimismo, una exploración estratificatoria debería remover un volumen bastante considerable de suelo, lo cual demanda paciencia, tiempo, trabajo y dinero; y todo esto sin perspectivas de retribución de hallazgos de objetos atractivos o hermosos. Estas circunstancias explican por qué —como lo señalé hace quince años— los descubrimientos de estratificaciones genuinas de importancia, han sido pocos en el Perú. Sin embargo, deben de continuar siendo la prueba final para desenmarañar el orden de sucesión en los hechos pre-históricos; y en el porvenir, más y más excavaciones específicamente dirigidas en las estratificaciones serán emprendidas, sin duda alguna, y comprobarán ser tan provechosas y significativas como aquellas realizadas en otras partes del mundo.

Sin embargo, el arqueólogo no puede suspender todas las operaciones hasta que tales investigaciones costosas de las estratificaciones hayan sido emprendidas. Tiene a su disposición una vasta masa de material descubierto y de información sobre la pre-historia del Perú, la cual es su deseo,— podríamos decir que es su deber— explicar tan apropiadamente como pueda; provisionalmente, en términos de probabilidad, si no de certeza demostrada. ¿Cómo procederá?

Un método es aquél de las relaciones estilísticas. Este método, en sí mismo, no puede obtener una prueba absoluta, dado que el estilo ineludiblemente contiene un factor estético y, por lo tanto, subjetivo; pero se puede tener la esperanza de alcanzar una probabilidad razonable. Me agrada citar uno o dos ejemplos pequeños, pero concretos.

En las pinturas de decoración en la cerámica de Nazca, líneas o rayos parten de una cara. Estos rayos toman dos formas: ó simple, o con el extremo anudado y redondeado, mediante el replegamiento de uno de los bordes de la franja sobre el otro. Las dos formas de rayos no ocurren conjuntamente en la misma vasija y sus asociaciones son diferentes. Los rayos simples van pintados en ceramios de dos picos y forma de corazón; los rayos con voluta, en los huacos cilíndricos o achatados. Sin embargo, los rayos simples proceden de animales o monstruos con una sola cara, los rayos replegados, a menudo de seres con la cara repetida dos o tres veces. Cada asociación de detalles es consistente; no se mezclan. Debemos, por lo tanto, sacar la conclusión de que son expresiones de dos sub-estilos dentro del estilo general de la cerámica de Nazca. Es de presumir, por consiguiente, que difieren también en tiempo, dentro del período general de la cultura Nazca. ¿Cuál de los tratamientos o maneras

es la más reciente? Yo exploré durante tres meses en Nazca, en 1926, parte del tiempo en colaboración con el Dr. Tello, y busqué estratificaciones, pero sin encontrar un caso siquiera de superposición de uno de estos sub-estilos de Nazca sobre el otro. Es, pues, necesario recurrir a la prueba indirecta basada en las calidades estilísticas.

Aunque el rayo con voluta no es una figura compleja, es, sin embargo, un poco más complejo que el rayo simple. Uno puede comprenderlo como una modificación o ligera elaboración de éste; pero el replegamiento del extremo de un rayo es difícil de concebir como una forma original. Similarmente, un ser humano o un cuerpo de animal con una serie de dos o tres caras es difícil que sea de una inspiración original natural; sugiere una repetición, un dibujo de expansión decorativa, derivada de un cuerpo con una sola cara. De modo similar, también, los huacos achatados o cilíndricos en los cuales hay pintados rayos replegados, indican la búsqueda experimental de nuevas formas desarrollándolas en el patrón más original de las vasijas en forma de corazón. De acuerdo con estos razonamientos podríamos llegar a la conclusión, sobre la base de la lógica del desarrollo estilístico normal, que dentro del período de la cultura Nazca habían dos fases, la más antigua caracterizada por rayos simples y un juego de características asociadas; la otra, mediante rayos replegados y otras series de características estilísticas asociadas. A fin de evitar complicaciones innecesarias y desviantes, yo designo éstos dos sub-períodos como Nazca A y Nazca B. De igual manera admito que la prueba completa está ausente para determinar la prioridad temporal de A sobre B; existe solamente una probabilidad razonable. Si una estratificación real contraria fuese descubierta, o un mejor arreglo de las asociaciones estilísti-

cas fuese reunido, yo tendría— por integridad intelectual— que abandonar la hipótesis de que A era de una época anterior a B.

Un razonamiento similar puede ser aplicado a otro elemento de dibujo: el signo escalonado, ampliamente extendido en el Perú, tanto en su forma simple como en combinación con la greca. En la cerámica de Nazca, este signo escalonado invariablemente tiene su forma normal, en huacos que llevan también el rayo simple u otros elementos del sub-estilo A. Si, no obstante, las otras características de un huaco señalan al sub-estilo B, el signo escalonado es variado, apareciendo las líneas delanteras de cada escalón, proyectándose más allá del nivel del mismo. Ahora bien, nadie que primero se represente el símbolo de las terrazas o de una escalera, pensaría de llevar así las líneas verticales dentro del interior de la figura, en donde no tienen significación. Esta prolongación es, evidentemente, el resultado de un impulso estilístico hacia la novedad, la variación o, quizás, ejecución apresurada, la cual difícilmente pudo surgir hasta que el estilo escalonado regular estuvo bien establecido como un diseño patrón. De nuevo, la lógica del estilo indica con toda probabilidad que una forma fué anterior, y la otra más reciente; mejor todavía si consideramos que el escalonado regular es la única forma encontrada en asociación con el rayo simple, y la línea prolongada de los escalonados está asociada en los mismos huacos con uno ó más elementos del complejo de rayos plegados: las dos inducciones estilísticas se refuerzan mutuamente.

Algunas veces tales inferencias se conducen aun a través de varias culturas. Hace mucho que ha sido notado que el relieve de la famosa piedra Raimondi, de Chavín, muestra no solamente las caras múltiples, sino también los ra-

yos replegados del estilo Nazca B. Esto es notable en vista de la distancia que separa Chavín, en el interior septentrional, de Nazca, en la costa meridional. Sería demasiado insistir sobre la exactitud de la contemporaneidad, pero hubo sin duda un interinfluencia, la cual a su vez presupone una ceñida vinculación en el tiempo. Si el estilo de la piedra Raimondi ha influenciado a la cerámica Nazca B, o sí, inversamente, la cerámica de Nazca ha influenciado a Chavín, yo no podría decirlo, porque tales evidencias pueden a menudo ser leídas o explicadas de dos maneras. A pesar de todo, el parecido y la conexión significaría que Nazca A era presumiblemente anterior al estilo de la piedra Raimondi; si nuestro razonamiento es acertado, Nazca A antecede a Nazca B.

¿Quiere esto decir que la cultura de Nazca en general es anterior a la de Chavín? De ninguna manera. El arte escultural de Chavín en general es ejecutado de manera diferente al del monolito Raimondi; es monumental, macizo, trata con otros temas, carece de cabezas múltiples, no tiene rayos replegados. En resumen, la piedra Raimondi, aunque fué encontrada en Chavín, es única; no pertenece realmente al estilo propiamente dicho de Chavín, que yo hace tiempo designé arbitrariamente como Chavín M, mientras que designé la piedra de Raimondi como Chavín N.

Entre las culturas de Chavín en total y las de Nazca también en total, la cuestión de prioridad en tiempos, está todavía abierta y sin resolver. De todos modos, se puede responder a ella sobre la base de otras pruebas. Todo lo que afirmo es que la cultura Nazca de la forma A parece ser anterior a la cultura Chavín del excepcional tipo de la piedra Raimondi.

Confío que esta incursión en minuciosidades me será

perdonada. He citado los detalles porque ilustran el principio de que algunas veces, mediante la reducción del foco de atención hacia los elementos pequeños, que en sí son triviales interpretaciones, aunque limitadas y especiales, pueden servir como pistas para encaminar hacia interpretaciones más amplias y generales. En la ciencia, ninguna pieza de prueba es demasiado pequeña para ser puesta de lado, siempre que sea pertinente y su autenticidad confirmable.

Con el mismo espíritu, me agradecería presentar un argumento en favor del valor frecuentemente significativo de lo que puede ser llamado la *localidad reducida*, con un dado estilo puro, a saber, las ruínas, el muladar, o el cementerio abandonados por una pequeña población que ocupaba un determinado lugar solo durante un período corto. Tales restos, es probable que sean estilísticamente puros. El material obtenido en ellos, sería, por consiguiente, usado como una piedra de toque para segregar las fases que tuvieron lugar dentro del material obtenido de sitios más amplios, cuyas poblaciones pudieran haberse mezclado étnicamente, o pudieran haber tenido vastas relaciones comerciales, o pudieran haber persistido a través de varias etapas en la evolución de su cultura. Es en localidades amplias —como Pachacámac— en donde se ha dejado por lo general ruinas monumentales, cementerios ricos, y de donde colecciones espléndidas provienen. Pero su historia es demasiado complicada para proporcionar una comprensión fácil o segura. La localidad amplia demanda explicación; la localidad pequeña puede ayudar a darla.

Permítanme un ejemplo más.

Hace cuarenta años, Max Uhle definió como resultado de sus excavaciones en Chíncha é Ica, dos culturas estrechamente relacionadas, o dos variantes locales de una cul-

tura, la cual llamaremos la civilización Chincha-Ica. Yendo aguas abajo a lo largo del río Ica, hacia el oasis de Ocucaje, él encontró allí otra vez restos del tipo Chincha-Ica, pero cerca de ellos, en pequeños cementerios separados, halló un tipo diferente, que ahora llamamos la cultura Nazca. Esta fué la primera vez que un arqueólogo había descubierto esta cultura Nazca *in situ*; anteriormente ésta había sido conocida sólo por algunos huaqueros. Uhle obtuvo de Ocucaje únicamente unas sesenta u ochenta piezas de cerámica de tipo Nazca. Cuando subsiguientemente se encaminó todavía más hacia el Sur y entró al Valle de Nazca, encontró una abundancia mayor de material de la cultura Nazca. Pero este material era más diverso; y la separación de sus constituyentes culturales podría haber sido difícil de llevar a cabo de no haber sido por los hallazgos en el pequeño yacimiento de Ocucaje. Estos restos, siendo estilísticamente puros a causa de lo pequeño del área de su ubicación, pertenecían todos a lo que yo llamo estilo Nazca A. Fué, en consecuencia, un asunto simple el separar de la más grande y mezclada colección del Valle de Nazca, todo aquello que se parecía al estilo Nazca de Ocucaje, y el residuo, con excepción de algunas formas transicionales, fué la variante relacionada a la cual yo doy el nombre de estilo B. En resumen, el material de Nazca que primero llegó a nuestros museos fué una mezcla mecánica de A y B, como casi siempre pasa cuando las colecciones provienen de huaqueros; pero el afortunado descubrimiento de Uhle del estilo puro A en su sitio reducido en Ocucaje, permitió el aislamiento de B. Nosotros podríamos casi expresar matemáticamente el procedimiento para la determinación: $(A+B) - A = B$.

Finalmente, quisiera suplicar que no se permitiese que las disputas sobre nomenclatura interrumpiesen el progreso

de la investigación arqueológica. Las diferencias de hecho deben ser reconocidas, y las diferencias de interpretación son legítimas. Pero la diferencia de nombre debería ser mutuamente respetada. Lo que yo he llamado Nazca B, el Dr. Tello ahora lo llama Chanca, sin duda por tener buenas y suficientes razones. Yo probablemente continuaré llamándola la cultura B y le reconozco a él completo derecho a llamarla Chanca, y recíprocamente; lo importante es que nosotros sepamos que queremos decir lo mismo. Las generaciones de arqueólogos del porvenir decidirán cuál de los dos apelativos preferirán usar, o si es que emplearán una tercera denominación. De modo similar sucede con lo que el Sr. Larco llama Cupisnique y el Dr. Tello Chavín, que con toda certeza es lo mismo; en la región Mochica o los hallazgos recientes en Ocucaje, los cuales bien sean llamados de la cultura Ocucaje o denominados como de la cultura Paracas-cavernas, siempre permanecerán siendo notablemente lo mismo.

La preferencia de una nomenclatura sobre otra, siempre que ella no sea por entero personalizada, es probablemente debida a implicaciones de interpretación, de lo cual los nombres escogidos son sugestivos. Es conveniente recordar, no obstante, que en toda ciencia las generalizaciones teóricas son transitorias. Mueren a su tiempo, o son modificadas hasta quedar irreconocibles, o quizás persisten, aunque solo después de haber sido cargadas con nueva significación. Lo único que es permanente en arqueología, como en otras ciencias es el cuerpo de hechos organizados y relacionados que gradualmente se acumula, lo cual es el producto no de un trabajador, sino de un número indefinido de colaboradores que se esfuerzan hacia la consecución de los mismos fines.
